sola institucion, un solo libro útil, un solo descubrimiento, en una palabra, un solo diamante que no lleve la cifra entrelazada de Cristo y de las naciones cristianas. Os desafío á citar uno solo que no os pertenezca. Lo repito, en todos los descubrimientos, verdaderos diamantes de la civilizacion, está la cifra entrelazada de Cristo, y de sus naciones amadas. En una, es el nombre de Cristo y de Italia; en otra, el nombre de Cristo y de España; pero lo más frecuente, y en los diamantes más hermosos, están los dos nombres entrelazados de Cristo y de Francia. ¡Ah! podeis envaneceros de la fidelidad de vuestro Deseado. ¡Al daros á él, pusisteis vuestra mano en la suya, y su mano depositó en la vuestra las riendas del mundo, durante diez y nueve siglos!

De cualquiera parte que me vuelva, to-

que se consagra á su alivio. No hay en esto exageracion: puede un hombre pensar la miseria que quiera, y no habrá una de mil que el Cristianismo no haya adivinado y preparado el remedio

do me grita que Jesucristo superó vuestra expectativa, y que os amó como Jacob á Raquel. Encuentro en el Evangelio una comparacion que expresará bien como, Deseado por vosotras, correspondió á lo que aguardabais: la medida de que se sirvió para con vosotras, fué verdaderamente esa buena medida de que habla el Evangelio, medida apretada, colmada y que se derrama, *mensuram bonam, et confertam et superefluentem* (1).

Por tanto, puedo resumir en honor de Jesucristo cuanto llevo expuesto, de la manera siguiente:

El Deseado de las naciones ¿ha llenado sí ó nó, la expectativa de las naciones? ¡Oh! sí. La ha llenado, arrancándolas primero de los abismos en que estaban perdidas.

Y no solamente la llenó, sino la superó (2).

1. Luc., VI, 38.
2. Cuando Dios viene á alguna parte, no solo colma lo que espera la criatura, sino lo supera.

Primero, no dejándolas tierra á tierra, sino trasportándolas á una esfera de claridad y de vida sobrenaturales:

Segundo, consintiendo, á causa de ellas, en el abandono indefinido de su nacion querida, la nacion judía:

Tercero, haciéndolas acabar por sí solas la obra más vasta y más fuerte que se haya hecho en seis mil años, la civilizacion.

No pienso que se pueda levantar la menor objecion contra lo que acabo de establecer, contra vuestros títulos de honor, ¡oh naciones cristianas! Voy, pues, ahora á sacar mi conclusion.

V.

¿Por qué he tratado este asunto? ¿Por qué he formado en cierto modo la hoja de servicios de Jesucristo en favor de las naciones? La hoja de servicios de Jesucristo, ¡ah! es la expresion exacta y verdadera. Y bien, ¿por qué la formé? Fué para llegar á esta conclusion: ¿Jesucristo es Dios? No fué tal mi objeto. Todo judío convertido, que se

presenta en una cátedra cristiana, no necesita probar que Jesucristo es Dios; su persona, por débil y miserable que sea, es un testimonio mejor y más fuerte que su palabra.

Pues entónces, ¿por qué puse tanto cuidado en mostrar la hoja de servicios de Jesucristo en favor de las naciones?..... Era por llegar á esta conclusion.

¡Oh cielos! escuchadla, y tú, tierra, pon el oído:

El Deseado de las Naciones ha venido á ser hoy el *rechazado por las naciones.*

Sí, no partí del comienzo de la era cristiana, atravesando diez y ocho siglos de servicios prestados por El, sino para llegar, judío errante y peregrino espantado, á esta noche del siglo XIX, en donde encuentro este contraste: el Deseado de las naciones, convertido en el rechazado, el despreciado, el vilipendiado de las naciones..... ¡Es esto posible, ¡oh! naciones? Aquel que tanto deseásteis, ¡venir á ser un rechazado, un vilipendiado!

Pero tal vez exagero, y el dolor me lleva demasiado léjos, Estaria yo más en la verdad distinguiendo, como lo hacia Pio IX, dos naciones en cada nacion, dos Francias en Francia, dos Italias en Italia, dos Españas en España, dualismo solemne, cuyo desenlace áun no se puede adivinar. Si miro una de esas dos Francias, una de esas dos Italias, me espanto, y con razon. ¡Oh! naciones, les diria, el amor de Jesucristo os envuelve por todas partes, y ya no sabeis lo que es el amor (1).

Me acuerdo de que nuestros antiguos profetas, profetizando la vocacion de la gentilidad, describieron del modo siguiente vuestra gratitud y vuestros aplausos: "Naciones, alabad al Señor, pueblos, batid palmas, porque el Señor ha reinado en las

1. Un santo inquieto de no amar bastante á Jesucristo, exclamaba un dia con cierta especie de espanto: El amor me envuelve de todas partes, y no sé lo que es amor, *undique circundat me amor, et nescio quid sit amor* (S. Bonav.) Para las naciones el reproche es á la letra verdadero.

naciones." Todavía más, como si nuestros profetas hubieran querido excitar y daros auxiliares en vuestra gratitud, dirigiéndose á la naturaleza inanimada, prorumpieron en una de esas valientes y magníficas imágenes que les eran tan familiares: "*Rios y bosques, batid palmas, porque el Señor manifestó su justicia á los ojos de las naciones* (1)."

Pues ahora, si miro, si escucho..... ¡Ah! los aplausos continúan sin duda, más, oh espectáculo inesperado y lúgubre, ¡es para celebrar cada separacion de Jesucristo y para dar esfuerzo á cada nueva ofensa á la persona de Jsucristo! Jesucristo rechazado del poder público, aplausos..... Jesucristo rechazado de la enseñanza, ya no se le quiere en las escuelas; aplausos..... Rechazado del lecho de los muribundos, de los funerales, aplausos, aplausos!..... ¡Oh! naciones, me espantais: ¿es este Aquel que tanto habiais deseado?

1. Isaías, LV, 12. Psalm. XCVI, 10, 11; XCVII, 2, 7, 8.

Pero aparto mi vista de ese lado nefasto de las naciones, la vuelvo hácia el otro, y encuentro hombres que combaten enérgicamente esas tendencias que les espantan, que no quieren la separacion de Jesucristo, y esos sois vosotros, ¡oh católicos!

¡Jerusalem, Jerusalem, qué de veces quise reunir á tus hijos, como la gallina reune sus polluelos bajo sus alas y tú no lo has querido!..... ¡Oh! vosotras, naciones cristianas, que, en lugar nuestro, habeis sido reunidas bajo las alas del Deseado, no las dejeis, no las dejeis. Basta que nosotros, desgraciados judíos, hayamos pasado por la desolacion de no estar cubiertos bajo ellas, no paseis á vuestra vez por esta desolacion.

No las abandoneis, porque los abismos de que fuisteis arrancadas, se enseñorearian nuevamente de vosotras: ¿no oís sus mugidos, no veis sus dédalos, como si por segunda vez estuvieseis empeñadas en ellos, y más profundamente?

¡No dejeis esas alas! Como las de la gallina, se sacuden sobre vosotras, se sacuden llenas de inquietud y de ternura.... ¡Oh Jesucristo! guardad vuestras naciones, guardadlas, es un hijo de Israel quien os lo pide; Jesucristo, guardad vuestras naciones.

Y vosotros, señores, hijos de las naciones, guardad á Jesucristo; estrechad su corazon contra el vuestro. Guardad, sí, á Jesucristo. A los que os aconsejen deshaceros de él, dadles esta simple y sublime respuesta: *El fué largo tiempo nuestro Deseado, él quedará siendo nuestro muy amado.*

¡Ah, sí, vuestro Deseado y vuestro muy amado!